

PARA PEDIR LA LLUVIA

Antonio Trobajo Díaz (La Nueva Crónica, 14-V-.2017)

No faltan en estos días voces, críticas unas y jocosas otras, sobre las iniciativas eclesiales que pretenden conseguir que Dios, con diversas intercesiones, nos mande la lluvia que nos saque de la sequía (pertinaz, se decía tiempo ha). Habría que darles la razón, si lo que estuviéramos pretendiendo fuera una intervención mágica (un “vudú” en positivo) de sobrenaturales fuerzas caprichosas, que ocuparan nuestras montañas con la nieve, llenaran nuestros pantanos y humedecieran suficientemente nuestras tierras de labranza y pasto. Sería válido este rechazo, porque, efectivamente, “lo que no es serio, no es evangélico”. Y ¿qué es lo serio en este asunto? No sé si procede hoy criticar o ridiculizar estas acciones “*ad petendam pluviam*”, cuando a la vez tanto nos fiamos del espiritismo, los horóscopos, la astrología, la quiromancia, las cartas del tarot, los amuletos y supersticiones afines. Pero no vayamos al clásico argumento descalificador del “y tú... más”.

¿Qué sentido -válido- tiene el pedir que Dios nos mande la lluvia necesaria para campos, animales y personas? Para el descreído, ninguno; es evidente. Para el creyente, es ineludible, en una sociedad secularizada, plantear bien el asunto. Premisas básicas: “para con Dios hay que tener por el carro”, dice nuestra gente de la montaña, porque lo primero, para dar solución a los problemas, es hacer nuestras las preocupaciones de todos, sobre todo si están en juego la supervivencia, la salud y el futuro; lo segundo, es poner en juego nuestras capacidades y así colaborar con la obra creada pero inacabada. Así, el cristiano, que siente como suyas (que además lo son) las necesidades de los demás y que confía en que Dios “anda entre los pucheros”, en este caso vacíos del líquido elemento, levanta su mirada suplicante a la providencia paternal de Dios, pone en Él su confianza y también desentraña el mensaje que nos llega ante esta ausencia de lluvia. Por eso y para eso reza de diferentes formas. Rezar en este sentido no pretenderá poner a Dios a nuestro servicio, ni solicitar que llueva a nuestro capricho y en nuestros plazos, ni pedir agua a la vez que la malgastamos de diversas maneras. Tirando de documentación, he topado con una nota episcopal de hace años, en la que se recuerda a los católicos “que esta petición no supone solicitar el milagro como alteración del curso natural de las cosas, sino que es la expresión de la confianza en la paternidad divina ante esta situación preocupante de nuestra vida”. Y esto sí que es serio.